

A JUAN REIG.

La gloria, artista, es tu esperanza sola,
Y tu vida en la tierra americana
De triunfo en triunfo se desliza ufana,
Cual se desliza el río de ola en ola.

Como ayer te aplaudía la española
Región, te aplaude ya la mexicana;
Que dieron á tu frente soberana
Dios el genio, la gloria su aureola.

Sigue por esa senda esclarecida:
Si después de la vida está la muerte,
Más allá de la muerte está la vida.

Mas no la vida breve y transitoria
Que tiene el hombre hasta quedar inerte,
Sino la vida inmensa de la gloria.

Guadalajara, abril 10 de 1874.

ADELANTE!

El águila altanera,
Límites no encontrando, ni horizontes,
Hacia la azul esfera
Se levanta orgullosa,
Y busca en su osadía
Del puro sol la luz esplendorosa,
Y osa ver frente á frente al rey del día;
Así la inteligencia,
Tan libre como Aquel que la ha creado,
Tiende altiva su vuelo
Por el cielo infinito de la ciencia,
Y vuela y siempre vuela en ese cielo,
Y va siempre adelante,
Marcha y ha de marchar eternamente,
Hasta ver atrevida frente á frente
Del sol de la verdad la luz radiante.

A detener su marcha
En vano un tiempo conjúrose el mundo,
En balde pretendieron los tiranos
En hogueras quemar el pensamiento;
En vez de perecer, su vida crece;
Porque es de Dios el soberano aliento,
Y el aliento de Dios nunca perece!
¡Es en vano, retrógrada ignorancia,
Que el pensamiento destruir pretendas!
Al quererle matar le inmortalizas,

Que, como el fénix inmortal, renace
 De sus propias cenizas.
 Querer fijar un dique á las ideas
 Es como detener del oceano
 Las encrespadas y tremendas olas
 De los mortales con la débil mano.
 Las olas mueren sólo
 Al tocar las arenas de la playa,
 Porque la voz del Sér Omnipotente
 "¡Hasta aquí!" les ha dicho en su grandeza;
 Y las olas deponen su fiereza
 Y mueren en la playa humildemente.
 También el pensamiento, cuando fluye,
 En destroz ar obstáculos se goza;
 Si tropiezos le ponen, los destruye,
 Si barreras encuentra, las destroza.
 Y así como las olas mueren sólo
 Al romperse en las rocas de la playa,
 También el pensamiento, solamente
 Se detiene al llegar en su osadía,
 Junto al trono de Aquel cuya mirada
 Presta fulgor al astro rey del día.
 Abarca todo aquello que ha creado
 Aquel que con su acento
 Salir hizo á los mundos de la nada;
 Pero ante El al llegar, el pensamiento
 Al querer comprenderle se anonada.
 Al contemplar su solio,
 Suspende su carrera;
 Porque "¡hasta aquí!" le ha dicho
 El Increado con su voz terrible.
 Si un dique hallan las olas en la playa
 El pensamiento así límites halla
 Ante el Sér Infinito, incomprensible.

*
* *

Así como el sol cobra nuevo brillo
 Cuando el soplo del viento ha disipado
 Las impuras tinieblas
 Que un momento le habían empañado,
 Así la inteligencia,
 En el mundo abrumada y perseguida,
 Hija del Creador, como El sublime,
 Triunfa de la ignorancia que la oprime,
 Que le quiere dar muerte y le da vida.
 Si una hoguera levantan á la idea,
 Allí, en vez de morir, vuelve á animarse;
 Ordena Dios que conservada sea,
 Cual la zarza que ardía sin quemarse.
 De esa hoguera la luz esplendorosa
 Es el faro radiante que nos guía;
 Que del progreso el poderoso acento
 Convierte esas hogueras en altares
 Donde se rinde culto al pensamiento.

*
* *

La ciencia eleva el globo
 Que el reino de las águilas invade,
 Dirige por los mares los navíos,
 Las distancias suprime,
 Altera la corriente de los ríos,
 Y nunca cesa en su misión sublime.
 Y estériles no son esos desvelos:
 En el fondo del mar un cable encierra,
 Sondea los abismos de la tierra,
 Y el luminoso abismo de los cielos.

Ved caminar sobre la férrea vía
 La gran locomotora,
 Do va rugiendo en la caldera hirviente
 La fuerza del vapor, del hombre esclava;
 Ved que el soberbio tren huella insolente
 De las montañas la suprema frente,
 A donde sólo el águila llegaba.
 Tales son las conquistas de la ciencia,
 ¡Y aun no ha dicho su última palabra!
 Hará la apoteosis de los hombres;
 Cultivémosla, sí, sólo ella labra
 Un porvenir de gloria á nuestros nombres.
 Y será nuestro espíritu elevado,
 Si tiene de saber sed infinita,
 ¡Digno del mundo espléndido que habita!
 ¡Digno del alto Dios que le ha creado!
 La humanidad ha hallado
 La palanca que Arquímedes pedía
 Para mover la tierra, y ha encontrado
 El gran punto de apoyo, porque tiene
 Ciencia, fé y osadía.
 ¡Vosotros que sentís ardor profundo
 El canto oid que vuestro esfuerzo arranca;
 Vosotros que llevais esa palanca,
 Tened valor y conmoved el mundo!

Guadalajara, mayo 3 de 1874.

EN UNA ESCUELA.

—
 Cuando se mira una rosa
 Fresca y de bello color,
 Al hallarla tan hermosa,
 Se vé que mano empeñosa
 La ha cuidado con amor.

Quando se mira el aliño
 Conque una alma se formó,
 Se nota que con cariño,
 Segundo padre del niño,
 El maestro le educó.

Y en premio de los favores
 Que presta el uno á las flores
 Y el otro á la juventud,
 Halla el jardinero olores
 Y el maestro gratitud.

Si al padre el alma no olvida,
 Al maestro agradecida
 Debe recordar también;
 Si al uno debe la vida,
 Debe al otro el vivir bien.

Feliz serás, si en el suelo
 Hacia Dios un grande anhelo

Dentro de tu alma se encierra:
 Quien virtud siembra en la tierra
 Cosechará allá en el cielo.

Sea del bien siempre amiga
 Tu alma para que consiga
 Alcanzar una corona,
 Del Dios que al bueno perdona,
 Del Dios que al malo castiga.

Busque el necio en sus desvelos
 Lo que poco ha de durar,
 Los bienes que han de pasar
 Cual las nubes en los cielos,
 Cual las ondas en la mar.

Nosotros sólo buscamos
 El bien que por siempre dura,
 Y si en la vida lloramos,
 Los destellos contemplamos
 De la divina hermosura.

Tras la pena aterradora
 Brilla la celeste luz.
 ¡Busca, niñez pensadora,
 El cielo que da al que llora
 Aquel que murió en la cruz!

Guadalajara, julio 7 de 1874.

SIN TÍ.

Las flores lucen en el verde prado,
 Los astros brillan en el cielo azul,
 Y en nuestras almas el amor palpita
 Flor, estrella, pasión, todo eres tú.

El cierzo mata las fragantes flores,
 Las sombras cubren la celeste luz,
 Muere el amor cuando el olvido empieza
 ¿A qué vivir cuando me faltes tú?

Guadalajara, julio 8 de 1874.

LONTANANZA.

¡Adiós!—cuando en la noche solitaria
Arranques á tu piano dulcemente
Vagas y soñadoras armonías,
Deja que vuelva á tu intranquila mente
El recuerdo feliz de aquellos días . . .

Y, después, cuando el frío de los años
Hiele nuestros fogosos corazones,
Cuando, llenos de tedio y desengaños,
Miremos alejarse á las pasiones,
Quizás nos hallaremos en la tierra,

Y, entonces, recordando
De nuestro amor antiguo los reflejos,
Los dos nos quedaremos suspirando
Al mirarlos tan lejos!

Guadalajara, julio 9 de 1874.

LASCIATE OGNI SPERANZA!

La dicha de los cielos tuve en poco
Cuando en sus ojos el amor brillaba.
¡Cuál me adora! pensé; yo estaba loco:
¡Ya era de otro su amor, ya no me amaba!

Cuando te miro, conmovido pienso
En que el suspiro que tu pecho lanza
Es para el que amas con afán inmenso,
Y en que es mi amor, amor sin esperanza.

Esa sonrisa que formó mi encanto,
Mi tesoro más grande en este mundo,
Para mí sé que no es, y vierto llanto;
Mas no de envidia, de dolor profundo.

De tu voz la inefable melodía,
Eco dulce de acentos de la altura,
Ahora ya no trae al alma mía
Un raudal de dulcísima ternura.

Al oír aquel canto he suspirado;
Recuerdo que en un tiempo fué mi orgullo.
Como el viento sus notas se ha llevado,
Llevóse así el olvido al amor tuyo.

Desengaño cruel yo presentía,
Dudaba de ese amor que era mi anhelo,

¡Y, empero, es horrorosa mi agonía
Cuando me miro desterrar del cielo!

Te veo ya con el dolor sin nombre
Con que, al verse arrojado de improviso
Del Edén para siempre, el primer hombre
Volvió la mirada al Paraíso.

Y siento arder dentro del alma mía
Una gota del llanto, amargo, eterno,
Que derramó Luzbel cuando caía
Del cielo para hundirse en el infierno.

El saber que mi amor das al olvido
Abre en mi corazón una honda herida;
¡Ay, la más dolorosa que he sufrido
En el rudo combate de la vida!

Hoy he mirado mi desdicha cierta.
¡Cuánto sufro! tal vez es preferible
No amar nunca, tener el alma muerta,
A amar sin esperanza un imposible.

Al ver morir tu amor, ¡cuánto he llorado!
He sentido en el alma el mismo duelo
De una madre que mira al hijo amado
Tornarse en ángel, y volar al cielo.

¡Ya no me amas! tu amor que era mi gloria
Contemplo con dolor desvanecido;
Ya en tu alma va tomando mi memoria
Los pálidos colores del olvido.

¡Tu amor lo que esas flores ha durado!
Pienso llorando al ver las que me diste.

La flor me dió perfumes. . . . se ha secado!
Tu amor me dió placeres. . . . ya no existe!

¡Cuán triste es recordar un bien perdido!
¡Cuán solo se halla aquel que amor no alcanza!
¡Más cruel que la muerte es el olvido!
¡Y es horrible adorar sin esperanza!

Guadalajara, julio 17 de 1874.

ROMEO DIONESI.

Dios te envió a la tierra impía,
Con tu voz de dulce arrullo;
Viniste, y desde ese día
En la celeste armonía
Falta un canto y es el tuyo.

Puso el Señor en tu mente
Algo de su inmensidad;
Brillar se ven en tu frente
La gracia del inocente
Del genio la majestad.

Tu voz los dolores calma,
Y del artista la palma
Te ofrecemos con cariño;
De un ángel tienes el alma
Dentro de un cuerpo de niño.

De luz sin duda un destello
Dios puso en tí, como un sello,
Porque en tí, niño, se encierra
Algo de grande y de bello
Que no se encuentra en la tierra.

No hay un solo corazón
Que su fogosa ovación

Entusiasta no te mande,
Al verte con emoción
¡Tan pequeño y ya tan grande!

Dios quiso que en este suelo
Probaras el desconsuelo
Que a los mortales aterra:
Te dormiste allá en el cielo
Y despertaste en la tierra.

¿Por qué hay en tu dulce canto
Algo que hace verter llanto?
¿Por qué tu acento es tan triste?
¿Que, recuerdas el encanto
De ese cielo que perdiste?-

¿Acaso las galas bellas,
Como en un éxtasis ves,
De las regiones aquellas
En donde son las estrellas
Polvo que huellan los piés?

A la bóveda azulada
Quisiera tu alma inspirada
Eleva su vuelo blando;
Pero la miras llorando
A la tierra encadenada.

Te dió la naturaleza
Las gracias de la belleza;
La gloria, el genio y el arte
Prestáronte su grandeza,
¿Cómo, pues, verte y no amarte?

¡Con qué expresión ideal,
Con qué gracia sin igual,

Brilla en tu faz animada
 Tu risa de ángel, bañada
 Por el fulgor celestial!

Flores de rara hermosura
 En premio á tu donosura
 Te han dado nuestros vergeles;
 ¡Cuán bien están los laureles
 En una frente tan pura!

Tu porvenir es fecundo,
 Sigue, niño sin segundo,
 Sigue de la gloria en pos;
 ¡Te da sus lauros el mundo,
 Tè da sus sonrisas Dios!

Guadalajara, agosto 30 de 1874.

LO QUE ES AMAR.

Una niña á su madre dijo un día:
 ¿Lo que es amar me quieres definir?
 Y respondió la madre: —¡Ay! hija mía,
 Amar es morir!

Cuando estuvo la niña enamorada
 Tan intenso placer llegó á sentir,
 Que decía: —Mi madre está engañada,
 Amar es vivir!

Los separó la suerte en sus rigores,
 Y el amante muy pronto la olvidó;
 El la dicha buscó en nuevos amores;
 La niña murió.

Y exclamaba llorando en su agonía:
 —¿Si no puedo olvidar, á qué vivir?
 Mi madre aquella vez razón tenía:
 Amar es morir.

Guadalajara, diciembre 21 de 1874.

A LA DISTINGUIDA ARTISTA
EMILIA LEONARDI.

Más allá del magnífico oceano,
Del Atlántico mar de inmensas olas,
Un pueblo está, de nuestro pueblo hermano,
El pueblo del ingenio castellano,
El pueblo de las glorias españolas.

La nación que en Lepanto y en Pavía
Tremolaba su enseña victoriosa,
A cuyo aspecto, humilde y silenciosa,
La tierra de pavor se estremecía.

Si un mundo conquistó su fuerte acero,
También llevó la luz por todas partes;
Que ese pueblo galante y caballero,
Si un lauro tuvo ensangrentado y fiero,
También tuvo los lauros de las artes.

A países ignotos y apartados,
Do realizó magníficas conquistas,
Las victorias llevó de sus soldados
Y el genio sin igual de sus artistas.

Y fulguran los triunfos españoles
En la historia del arte omnipotente

Del genio con la luz, más refulgente
Que el resplandor soberbio de los soles.

Si allá en España hay entusiasmo ardiente,
Aquí también admiración se siente,
Emilia encantadora, al contemplarte;
Aquí seguimos tan glorioso ejemplo;
Si al arte elevan en Europa un templo,
En México también se adora el arte.

En esa España donde el genio mora
Naciste con la luz de la belleza,
Y muestras en tu frente seductora
Del talento y el arte la grandeza.

Con tu sublime acento
Nos haces olvidar el sufrimiento;
Nuestra alma que te escucha conmovida
Siente al punto calmarse sus enojos;
Disipas las tinieblas de la vida
Con la luz poderosa de tus ojos.

Al contemplar tu angélica mirada,
Tu frente, tu sonrisa enamorada,
El alma se entenece;
Mas cuando escucha tu sublime canto
Comprende de los cielos el encanto,
Y entonces se fascina, y enloquece,
Y anhela en inefable sentimiento
Que nunca cese tu divino acento!

Guadalajara, febrero 11 de 1875.

EN LA TUMBA
DE
ESPIRIDIÓN CARREÓN.

Adiós! Tú ya dejaste ese camino
Por las espinas del dolor cubierto.
Siempre fué venturoso tu destino,
Más feliz que nosotros, tú ya has muerto!

Hoy quiere Dios que al corazón taladre
El dolor de mirar que ya partiste:
De la muerte en los brazos te dormiste,
Como un niño en los brazos de su madre.

Ya te hallas de las penas al abrigo.
Y, empero, los pesares nos devoran,
Y sentimos la ausencia del amigo:
¡Siempre son egoistas los que lloran!

Perdemos un hermano cada día,
Que la muerte nos roba en su fiereza,
Y nos queda en el alma ya sombría
Un recuerdo perenne de tristeza.

Hoy que venimos con incierta planta
Los últimos adioses á ofrecerte,
Henchida de tristeza mi alma advierte
Que profana este sitio cuando canta:
Son mis cantos mezquinos y me espanta
Esa inmensa grandeza de la muerte.

¿Qué podría decirnos
Si sólo sé llorar en mi amargura?
¿No es acaso, decid, más elocuente
Postrarse ante una tumba de rodillas,
Y dejar que humedezcan lentamente
Lágrimas de tristeza las mejillas?

¡Y no sé por qué lloro al verte muerto!
¿Se llora acaso si halla el peregrino,
Que perece de sed en un desierto,
El oasis al fin de su camino?

* * *

Todo lo que era bello reflejaba
Aquella alma de artista, de poeta,
Empuñando su pluma ó su paleta
En sus sueños de gloria se extasiaba.

Mas las almas sedientas de armonía
De gloria, de esplendor y de belleza,
No pueden habitar, en su grandeza,
Esta tierra tan baja y tan impía.

En el mundo no sacian ese anhelo,
Y por eso el Señor Omnipotente
Les da para calmar la sed ardiente
La espléndida grandeza de su cielo.

* * *

¡Hermano, duerme en paz en tu sepulcro!
 En mi alma nunca espero que sucumba
 La memoria de aquellos que ya pierdo,
 ¡Lo que es la siempreviva en una tumba
 Es en los corazones el recuerdo!

Guadalajara, abril 23 de 1875.

5 DE MAYO.

Henchida el alma de entusiasmo ardiente
 Ahora una vez más hemos venido
 A celebrar la gloria refulgente
 Que deberá flotar eternamente
 Sobre el abismo inmenso del olvido.

La Francia figuróse en su locura
 Ser la Roma del siglo diez y nueve,
 Y como nada al invasor espanta
 Cuando su vil codicia le conmueve,
 A conquistar á México se atreve,
 Y le profana con inmunda planta.

Esos grandes soldados
 Se llamaban del mundo los primeros,
 Y los pueblos huían aterrados
 Al mirar el fulgor de sus aceros.

¡Y contra esa falange de leones,
 Llamada en todas partes la invencible,
 Lucharon nuestras míseras legiones!
 Y vió la diferencia el mundo entero
 Entre esclavos armados
 Y ciudadanos libres, que primero
 Quieren morir que verse encadenados.